

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

Luis Junco

A María Teresa, que me contó esta verdadera historia.

Recuerdo que cuando niño viví en Travieso esquina con Triana, una hermosa casa, grande y señorial que aún existe. La había comprado mi bisabuela a una marquesa a principios de siglo y podría decirse que había en el fondo de aquella transacción un motivo común a las partes que trascendía lo meramente económico o material. Pues mientras la marquesa quería alejarse del dolor que le produjera la muerte de uno de sus hijos al caer por las escaleras de aquella casa, mi bisabuela quería atemperar el suyo de viuda reciente y comenzar allí una nueva vida en la compañía de sus tres hijos varones. Con el transcurrir del tiempo, el mayor de ellos heredó la casa y se convirtió en mi abuelo cuando yo nací entre aquellas paredes. Allí viví los diez primeros años de mi vida en la compañía de mis abuelos, mis padres y los hermanos, que, hasta ocho, los años fueron dejando.

La casa tenía dos plantas, sin contar con la del zaguán, abierto a la calle de Travieso por un inmenso portalón que nunca vi cerrado y que daba acceso a la primera planta por un largo tramo de escaleras cuyos bajos tenebrosos nos aterraban cuando teníamos que salir de noche; ni con la de la azotea, cuya vasta extensión no debía de ser sólo efecto de nuestra apreciación infantil, a tenor de las cosas y los seres que la habitaban: la habitación de la sirvienta, un cuarto de baño, dos cuartos más que siempre recuerdo cerrados y los recintos para los animales: conejos, palomas, gallinas y hasta una cabra, que reiteradamente rompía con sus balidos las aspiraciones de modernidad y cosmopolitismo de la principal calle de Triana. Tengo para mí que fue esto y no tanto las alegadas razones de la higiene y salud públicas lo que a la postre supuso el fin de los animales que habitaban las azoteas de aquellas casas.

Cuando murió mi bisabuela, la primera planta fue alquilada a un matrimonio sin hijos, mientras que mis abuelos y mis padres se trasladaron a la planta alta. Allí nací y viví mis primeros diez años. Era esta la principal parte de la casa. Así lo indicaba el mismo tramo de escalera que le daba acceso, pues, mientras el que venía del zaguán hasta la primera planta era de madera basta y poco cuidada, el que de allí partía era de barandal rubio y torneado, barrotes de hierro forjado plateados y con motivos florales, y escalones de madera brillante que daban acceso a un amplio “hall” de suelo de tarima y en el que había un piano y un hermoso conjunto de mesa y sillones de mimbre. Un altísimo ventanal, con contraventanas de madera lacada en blanco y cortinas de terciopelo rojo, daba luz al conjunto y tintaba una pared y uno de los sofás de mimbre con todas las tonalidades del atardecer. Era mi lugar preferido.

El resto de la vivienda era de similares características: las habitaciones grandes, con techos muy altos y suelos encerados; el mobiliario severo y de maderas nobles, las lámparas de araña del comedor, en cuyas paredes se lucían tapices con motivos mitológicos y escenas de caza; la despensa, repleta con infinidad de estantes con sacos y envases de todos los tipos y tamaños, y tarros con frutas confitadas o en almíbar; la antigua cocina de hierro y lumbre de carbón; la larga galería, en uno de cuyos extremos, abierto al mediodía, solíamos jugar entre las macetas con flores sujetas de un barandal

que se asomaba a la escalera que venía del nivel inferior y los jaulones de los pájaros que colgaban de las paredes. Al otro extremo de la galería, junto al baño, una puerta daba acceso a la azotea, por medio de una escalera de madera y escalones crujientes y en donde, se decía, se había matado el hijo de la marquesa.

Como ocurre con la experiencia que se adquiere en los primeros años de la vida, las vivencias que acumulé en aquella casa durante aquellos diez años de la mía forjaron mi alma hasta dejarla en la forma particular en que hoy me reconozco, y aunque podría señalar muchos de los hechos y acontecimientos que dejaron en ella su huella inconfundible, ninguno como el que ocurrió un cierto día que no puedo precisar y que constituye la base de este relato.

Sí sé que era domingo, pues los domingos como aquel y después de comer, toda la familia nos marchábamos al campo hasta el anochecer, a una hermosa finca que mi abuelo poseía en un pueblo del interior. A nuestro regreso, Pinito, que así se llamaba la señora que vivía en el piso bajo, salió a la escalera para decirnos (dirigiéndose a mi abuelo):

-Don Mauricio, esta tarde, después de que ustedes se marcharan, sentí subir a alguien, que resultó ser un señor mayor. Como quiera que vi que continuaba hacia arriba, salí para decirle que no había nadie, que ustedes se habían marchado. ¿Y qué cree usted que hizo? Pues nada, como si no me hubiera oído, continuó hacia arriba sin hacerme el menor caso. Después y aunque procuré poner atención no le escuché marcharse, de modo que a lo mejor aún sigue ahí arriba esperándoles.

Con cierta alarma, continuamos hacia arriba y dimos las luces, pero en el “hall” no había nadie y las cerraduras de entrada a la vivienda estaban intactas. Con cierta prevención recuerdo que miramos detrás del piano, único lugar donde alguien podría esconderse, sin resultado. Aquella noche soñé por vez primera con aquel señor mayor que se escondía detrás del piano.

Todo hubiera quedado en anécdota destinada al olvido, si no se hubiera repetido de la misma forma al domingo siguiente. En este caso, Pinito fue más explícita:

-Un señor ya bastante mayor, como le dije, algo encorvado y muy correctamente vestido. Pero como ya ocurrió la vez pasada, como si yo no existiera. Daba la impresión de que si me le hubiera puesto delante me habría traspasado como lo hiciera un fantasma. En cambio esta vez sí le sentí marcharse, poco antes de que ustedes llegaran.

Quince días más tarde, como todo volviera a repetirse con pocas variaciones, mi abuelo, hombre confiado y tranquilo, y luego el resto de las personas mayores de la casa, comenzaron a quitarle importancia al asunto, pues, como mi abuelo decía a Pinito, “Al fin y al cabo, qué mal hace”. Con el tiempo se limitaba a preguntarle a nuestra vuelta del campo:

-¿Qué, Pinito? ¿Vino hoy nuestro amigo?

Encontrando un sí o un no como respuesta, sin que pudieran precisarse las visitas del anciano, pues aparte de que ocurrían los domingos no tenían ninguna otra regularidad.

Y si, como decía, para los mayores de la casa aquello dejó de tener importancia, no ocurrió así conmigo. Viniera o no viniera el extraño visitante, cada domingo añadía un grado a lo que ya era para mí un misterio. Veía al anciano en sueños, unas veces escondido detrás del piano, y otras traspasando las paredes como lo haría a través del cuerpo de Pinito, para aguardarme a la vera de mi propia cama. Sin embargo, el miedo que al principio sentí por causa suya, se transformó al poco en un temor respetuoso, para acabar en afecto no ajeno a la piedad no mucho después. Sentía pena de su soledad, pues entendía que aquel hombre estaba terriblemente solo. ¿Quién era? ¿No tendría familia? ¿Qué haría durante aquellas cinco horas de los domingos? ¿Por qué venía

cuando nosotros nos habíamos marchado y se iba poco antes de nuestro regreso? ¿Qué temía de nosotros? Tanto me atormentaban aquellas preguntas, que pasaba muchas noches de domingo sin poder pegar ojo y cavilando la manera de descubrir al misterioso anciano. La oportunidad pareció presentarse cuando mi hermano más pequeño cogió la escaletina, lo que nos obligaba a estar un mes seguido sin ir al campo. Domingo tras domingo aguardé con impaciencia la visita del anciano, unas veces escondido detrás del piano, otras en el rellano de la escalera junto a la vivienda de Pinito, y por último, detrás de la puerta del zaguán. Pero no nos visitó ninguno de aquellos domingos y comprendí que de alguna manera para mí desconocida él se las ingeniaba para saber cuando había gente en la casa. Busqué entonces otro modo de sorprenderlo, y llegué a pensar en quedarme escondido detrás del piano uno de los domingos que todos se marcharan al campo; pero nunca me lo consentirían de manera voluntaria, y como sólo éramos tres hermanos en aquellos momentos, pensar en quedar desapercibido era imposible; de modo que ideé un último y desesperado plan, que consistía en ponerme súbitamente enfermo un domingo que fuéramos de camino. Volveríamos de improviso a casa y al fin podría sorprenderle.

Recuerdo el domingo que quise poner mi plan en ejecución. Habíamos salido todos de casa, cogido la calle Cano y cruzado la Alameda de Colón hasta el cauce de Guiniguada. Allí aguardamos un rato hasta la salida del próximo coche, los *piratas*, como por entonces se les conocía. Yo calculaba el tiempo y los pasos del misterioso anciano, basándome en la información que nos había proporcionado Pinito. Justo cuando íbamos a subir al *pirata*, calculé yo que el anciano estaría subiendo nuestro tramo de escalera, era el momento justo. Había pensado en doblarme repentinamente por la cintura, simulando un fuerte dolor de tripa, cuando, justo en ese momento, comprendí, sin razón alguna que pudiera explicarlo, que aquel plan mío era un absurdo: yo y el anciano nunca podríamos encontrarnos; como dos corrientes de agua que fluyeran paralelas pero encerradas en su propio cauce, nuestras existencias nunca podrían tocarse, el único contacto posible era la imaginación o el sueño. Todas mis cavilaciones y planes anteriores, desembocaban ahora en esta simple verdad, cegadora como el fogonazo de un relámpago y que ni siquiera tenía sentido cuestionar.

Con el paso del tiempo, las visitas del anciano se fueron espaciando y haciendo más raras, hasta que un domingo que tampoco puedo precisar debió de ocurrir la última, pues después de aquel nunca supimos que hubiera alguna otra. También acabamos por mudarnos de casa, pero de aquella me llevé para no olvidarlo nunca el recuerdo del anciano subiendo la escalera y su misterio.

La casa aún continúa en pie. Supe que sus últimos propietarios fueron unos alemanes que nunca la habitaron y decidieron abandonarla a su suerte, con el triste propósito de que el tiempo y las inclemencias acabaran por echarla abajo, para construir en su lugar un moderno edificio de apartamentos. Pero se resiste, sigue aguantando, al menos por el exterior. Del interior no podría decir lo mismo, pues hace un buen montón de años, cuando aún yo era joven y me sentía con fuerzas, tal vez por recordar, pedí permiso para subir al piso alto. No pude pasar del zaguán, los alemanes habían conseguido una parte de su propósito: el viento y el agua entrando sin obstáculo durante años desde la parte abierta que era nuestra galería, habían acabado por minar el armazón de madera que conducía a la primera planta y estaba desmigado en el suelo, entre un amasijo de tabloncillos podridos. De modo que me resigné a no volver a verla en su interior.

Como me resigno ahora, que soy ya un anciano, a contemplar la fachada de cuyos balcones peligrosamente comienzan a desprenderse grandes trozos. Desde la esquina de Travieso con Triana, recuerdo con nostalgia aquellos domingos, en los que, apostado en esta misma esquina, después de la habitual hora de la comida, vigilaba la salida de los que habitaban la casa en aquel entonces. Los contaba uno a uno mientras iban saliendo, y los miraba alejarse hasta perderse por la esquina de la calle Cano. Después cruzaba despacio la calle Travieso, me metía en el zaguán abierto y comenzaba a ascender lentamente la escalera. No hacía el menor caso de los comentarios de la vecina del piso bajo, que insistía en avisarme que no había nadie arriba, bien lo sabía yo, y continuaba mi ascenso hasta la segunda planta. Ya en el “hall”, corría apenas las cortinas de terciopelo rojo para permitir mejor el paso de la luz y me sentaba en el sillón de mimbre que estaba frente al piano. Recordando con nostalgia los años que allí viví de niño, pasaba así tranquilamente la tarde, mientras los rayos del sol iban tintando mi cuerpo ya marchito con todos los colores del atardecer.

(Del conjunto de relatos “De andar por casa”).

Collado Villalba. Abril de 1999